

## LOS MILITANTES OLVIDADOS

Por Claudio Katz<sup>1</sup>

Todavía predomina en el país la creencia que la dictadura sepultó toda forma de militancia política organizada. Muchos piensan que los luchadores del 70 que sobrevivieron y permanecieron en el país se resignaron ante la adversidad, abandonaron la actividad política y se refugiaron en sus vidas privadas. Por ejemplo, en la discusión en curso “sobre los 70” prevalece esta idea de extinción de la militancia desde el advenimiento dictadura hasta el arribo de la democracia.

Sin embargo, existen testimonios contundentes de la importante continuidad que tuvo la acción política, sindical y democrática de las distintas organizaciones de izquierda entre 1976 y 1982. Durante esa etapa la resistencia no fue aislada, ni individual, sino que constituyó una labor sostenida en la participación de miles de compañeros. Esa batalla estuvo localizada en fábricas, empresas, colegios, universidades y centros comunitarios. Los militantes arriesgaban sus vidas todos los días, escapando del acecho policial y del permanente peligro de actuar contra la dictadura.

Se editaban periódicos en imprentas secretas, se camuflaba ingeniosamente la distribución de boletines y se repartían subterráneamente los volantes. Todas las reuniones se organizaban bajo estrictas medidas de seguridad evaluando a quién invitar, con grandes recaudos de seguridad e ingeniosos maquillajes de las citas de encuentro. Había códigos implícitos y explícitos. Mientras el sonido protector de la radio cubría las discusiones se vivía con temor y plena conciencia de los riesgos. El uso del teléfono estaba controlado, el contacto con los familiares era a veces esporádico y se cuidaba especialmente la relación con los desconocidos para reducir las sospechas. Miles de compañeros mantuvieron durante esos años una vida paralela entre el trabajo y el estudio, entre el riesgo de la clandestinidad y la emoción de cada acción.

Estas actividades permitieron reorganizar sindicatos y sostener el reclamo de las Madres, mediante la difusión de las denuncias de los crímenes de los militares. Pero además, funcionaban las escuelas de cuadros y se leía la literatura marxista prohibida. Durante esos años se forjaron los vínculos perdurables entre militantes, las amistades y las parejas que compartían el mismo sueño de aplastar a la dictadura y erigir una nueva sociedad sin explotadores ni explotados. En ese ámbito confluyeron los compañeros del 70 con los jóvenes que ingresaban a lucha. Se transmitieron las viejas experiencias y se asimilaron los códigos de las nuevas generaciones.

Las discusiones eran fuertes y apasionadas. No se podía gritar, ni hablar directamente de muchos temas. Había que disimular las palabras y en los bares preocupaba más lo que se podía escuchar que la propia argumentación. Pero la vida política era muy intensa dentro de cada organización y no faltaban los debates y actividades unitarias entre miembros de distintas agrupaciones. Hubo momentos de gran dolor cuándo caían compañeros o se conocían los traumáticos informes de los asesinatos y las torturas. Hubo etapas de gran desazón cuándo los militares parecían perpetuarse en el poder. Pero la euforia estalló cuando la dictadura se agrietó e irrumpieron los primeros actos públicos disfrazados, por ejemplo en el gremio de prensa, con la pantalla de “cenas de camaradería”.

---

<sup>1</sup> Economista, investigador y profesor de la UBA.

Algunas noticias del exterior -como el arrollador triunfo sandinista- renovaban la esperanza en la victoria final.

Toda la sucesión de hechos y anécdotas, logros y dificultades que enfrentó la militancia política organizada bajo la dictadura constituye hoy una página olvidada de nuestra historia reciente. Fue una experiencia que se está borrando de la memoria colectiva a medida que pasa el tiempo y no se recolectan testimonios, ni se editan libros, ni se generan entrevistas radiales o programas televisivos. Con este silencio se amputa la parte de nuestro pasado que los defensores del orden capitalista siempre han querido ocultar. Lo peor es que nada impide estudiar y difundir hoy en día los pormenores de esa resistencia. No es un tema tabú y no hay censura. Los protagonistas de esa lucha están al alcance de cualquier investigador y tampoco existen impedimentos para acceder a los materiales publicados durante esa época. Sin embargo, el olvido se afianza y sería lamentable que como ocurrió con la Patagonia Rebelde o la Semana Trágica, la investigación termine adoptando la forma de una recuperación del pasado borrado.

Afortunadamente otros aspectos del período dictatorial son estudiados con mucha atención. Se analiza el terror y el proceso político de esa etapa. Se indaga el surgimiento y ocaso de las organizaciones armadas, se documenta cómo fue la vida en el exilio y qué modalidades tuvo la resistencia cultural, artística, teatral o musical de esa etapa. Pero la militancia política organizada –primero clandestina, luego semipública y finalmente abierta- se mantiene como un capítulo muy poco recordado. A diferencia de otros países, que reivindicaban oficialmente la figura del resistente y homenajean a las organizaciones que combatieron a las tiranías, en la Argentina casi nadie trabaja en el rescate de esa experiencia y muy pocos intentan incorporarla con orgullo al acervo de nuestro pasado reciente. Existen por lo menos tres razones que explican este ocultamiento.

En primer lugar, enterrar la epopeya de la militancia antidictatorial forma parte del operativo de impunidad que montaron el radicalismo y el peronismo para imponer el “punto final” a los crímenes de la dictadura e indultar su propia complicidad con ese régimen. Crear la imagen que durante esos años nadie se opuso activamente a los genocidas resulta esencial para encubrir la colaboración que mantuvieron las cúpulas de la UCR y el PJ y sus socios de la Iglesia con los militares. Además, la difusión de experiencias de los militantes de izquierda incomodaría a cualquier funcionario de los partidos que han gobernado desde 1983, porque ellos sí interrumpieron toda actividad política opositora durante el “proceso”. Sólo cuando el fracaso de la guerra de las Malvinas inició la cuenta regresiva de la dictadura decidieron volver, para hacer carrera como legisladores y ministros. El contraste entre su oportunismo y la conducta valiente y desinteresada de los militantes es tan evidente, que han elaborado una “historia oficial” para encubrir su cobardía. Difunden el mito que bajo la dictadura el país era una tumba, en dónde “todos teníamos miedo” y “nadie resistía”. Los más cínicos se han construido incluso una biografía de luchadores que sólo existe en su imaginación.

Poner un manto de olvido sobre la militancia organizada ha sido, en segundo lugar, un objetivo de la intelectualidad desertora, que reemplazó los ideales emancipatorios del 70 por el conformismo acomodaticio de los 90. Esta adaptación les ha exigido desembarazarse de su propio pasado y presentar su propia conversión como un acto de sensatez política luego de la masacre dictatorial. Ellos también propagan la idea que la dictadura fue una larga noche de silencio, inmovilidad y resignación y argumentan que por eso “no quedó otra alternativa” que girar hacia el neoliberalismo socialdemócrata. Sólo ocultando la

realidad de la resistencia pueden presentar, además, el juicio a las juntas cómo el único episodio significativo de esa lucha.

Finalmente existe una tercera explicación del silencio que rodea a toda la batalla que libraron los militantes bajo la dictadura y es la escasa disposición que han mostrado los protagonistas para reivindicar su propia acción. Gran parte de ellos abandonaron la lucha política activa al cabo de las frustraciones, que comenzaron en 1983 cuándo todos los sacrificios, riesgos y sufrimientos de los años de lucha no encontraron reconocimiento social. Un sentimiento de ingratitud se apoderó de muchos compañeros, que además observaban el descarado retorno de muchos hombres de la dictadura al primer plano de la vida política.

En los 90 el retroceso sufrido por las fuerzas de izquierda acentuó la sensación de inutilidad de la lucha librada contra los genocidas. Se perdió la fuerza, la convicción y el deseo de transmitir las experiencias vividas a las nuevas generaciones. Para muchos pasó así desapercibido el papel central que tuvo su acción para conquistar los 25 años de libertades públicas logradas luego de la caída de la dictadura. No registraron el aporte decisivo de su propia lucha al combate contra la impunidad.

Pero el panorama ha cambiado por completo en este nuevo aniversario del golpe, conmemorado en plena rebelión popular de piqueteros y caceroleros contra la confiscación del salario, el empleo y los ahorros del pueblo. La herencia de los militantes olivados comienza a ser recuperada actualmente, en las asambleas barriales, los cortes de ruta y las movilizaciones multitudinarias.

Hoy en día, muchos jóvenes están embarcados en reconstruir la verdad de la resistencia contra la dictadura. Y en esta búsqueda la militancia organizada encuentra su reivindicación. Los escraches, las denuncias de la obediencia debida, la exigencia de juicio y castigo a los responsables de los asesinatos del 19 y 20 de diciembre, la campaña por la libertad de Ali y el desprocesamiento de todos los luchadores sociales son signos contundentes de la vitalidad de la conciencia democrática colectiva. En esta acción está presente el legado de los compañeros que batallaron contra la dictadura y que construyeron un nexo de continuidad entre los proyectos emancipatorios de los 70 y las esperanzas de las nuevas generaciones. Recuperar la trama de la militancia organizada bajo la dictadura –con libros, documentos y análisis- es nuestra gran asignatura pendiente.